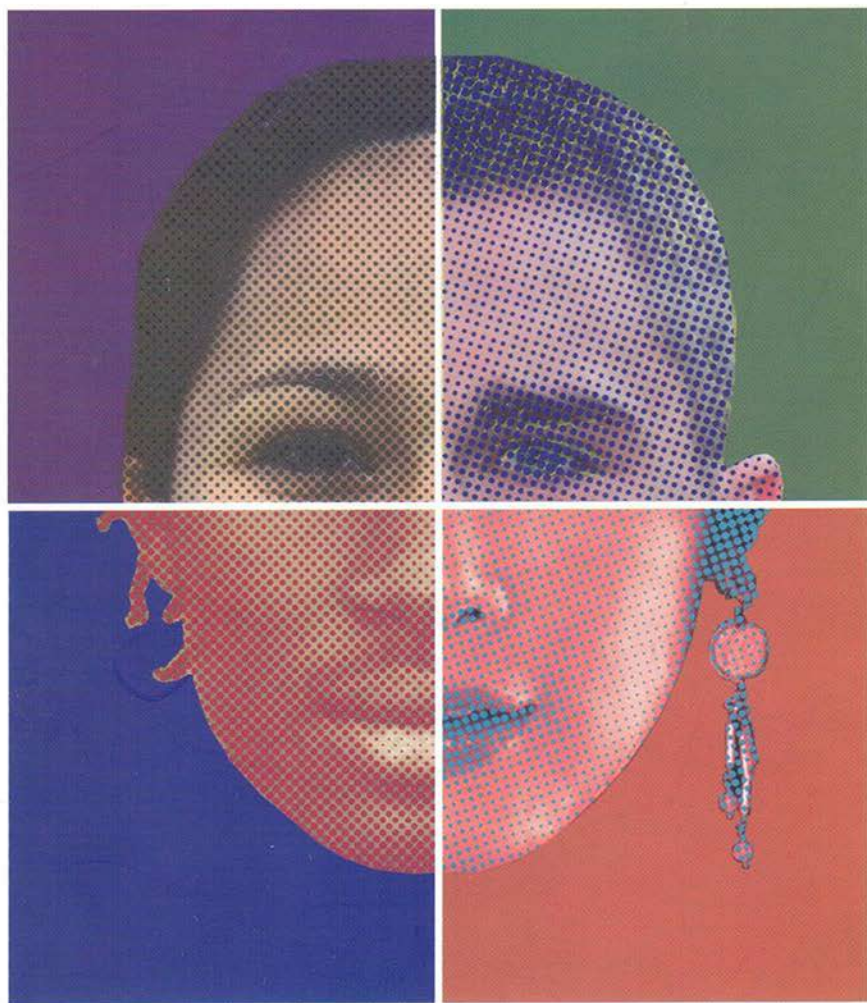


# ALTERIDAD Y ALIEDAD

La construcción de la identidad con el otro y frente al otro



Sabine Pfleger • Joachim Steffen • Martina Steffen  
Coordinadores



Universidad Nacional Autónoma de México

La presente obra está bajo una licencia de:  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>



## Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

This is a human-readable summary of (and not a substitute for) the [license](#). [Advertencia](#).

### Usted es libre de:

**Compartir** — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

**Adaptar** — remezclar, transformar y construir a partir del material

La licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

### Bajo los siguientes términos:



**Atribución** — Usted debe dar [crédito de manera adecuada](#), brindar un enlace a la licencia, e [indicar si se han realizado cambios](#). Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciente.



**NoComercial** — Usted no puede hacer uso del material con [propósitos comerciales](#).



**CompartirIgual** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la [misma licencia](#) del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del:  
texto legal de la licencia completa

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.



**ENALLT** ESCUELA NACIONAL  
DE LENGUAS, LINGÜÍSTICA  
Y TRADUCCIÓN UNAM

# LA POLÍTICA DEL *TZOMPANTLI*. LOS VÍNCULOS OCULTOS EN LA NOCIÓN DE IDENTIDAD NACIONAL EN MÉXICO

.....  
Mario Ruiz Sotelo\*  
.....

## SER *TZOMPANTLI*

En un principio fue el miedo. Lo fue después y lo es ahora. Los signos que recorren la construcción de la llamada unidad nacional están transidos de temores. El vasto territorio de lo que hoy llamamos México es el único país del continente que presenta una cierta continuidad histórica entre su pasado indígena, virreinal y moderno. Podemos presumir una cultura milenaria, pero bien vale identificar en ella no sólo la forja de un pasado glorioso, sino también los abismos y atavismos que se esconden en ciertas tradiciones donde se forma uno de los goznes que halla en nosotros esa imaginaria unidad de caminos convergentes. ¿Ancla o trampolín?

---

\* Universidad Nacional Autónoma de México  
marioruiso@yahoo.com

Atrás de México está una calavera. La sabemos nuestra. Nuestra de siempre. Signo polisémico, es pasado, presente y obviamente futuro. ¿Qué se esconde tras las calaveras? En primer lugar, bien podemos asignarles a ellas el resguardo del pasado indígena. Es el centro del templo mayor donde nos gusta considerar nuestro pasado más remoto, el símbolo del símbolo de lo antiguo, el asombroso espanto con que maravilla Coatlicue, el *tzompantli* desde el cual los decapitados nos encontrarán irremediabilmente un número en la escrupulosa y macabra cuenta de su ábaco. Y es que, en segundo lugar, la calavera es el miedo. Su asfixiante presencia, particularmente en la cultura mexicana, recordaba al pueblo común que la clase gobernante tenía entre sus principales atributos el de hacer factible la vida y también posible la muerte. El dominio político se alimentó del natural e inevitable miedo a morir, convirtiéndose así en uno de los factores de cohesión que contribuyó a hacer coherente la forja del gobierno, del Estado y del Imperio.<sup>1</sup>

## CALLAR Y OBEDECER

Pero es la conquista probablemente la mayor explosión del miedo en nuestra historia. Fue el miedo de Cortés a los mexicas lo que le aconsejó desarrollar una exitosa política de alianzas; fue el miedo de Moctezuma a los españoles lo que lo motivó a buscar algún tipo de rendición, aunque fue, ciertamente, la superación de ese miedo lo que suscitó la resistencia de Cuitláhuac y Cuauhtémoc.<sup>2</sup> Más que una conquista, el triunfo hispano significó la clausura de un mundo y el inicio de otro. Fue el auténtico tránsito del medioevo a la modernidad, visto desde la centralidad europea. Pero el costo de ese trayecto fue la consumación de un genocidio enorme cuyas dimensiones reales aún se desconocen. Un testigo privilegiado de la época, Bartolomé de Las Casas, señaló, hacia 1550, en su famosa polémica de Valladolid, un cálculo perspicaz al respecto: “con verdad podemos decir que han sacrificado los españoles a su diosa muy amada y adorada de ellos, la codicia, [más] en cada año [de] los que han estado en las Indias [...] que en cien años los

indios a sus dioses” (Las Casas, 1997: 397). El ímpetu por la riqueza individual, rasgo inequívoco del espíritu moderno, superaba la avidez de sangre que antes demandaba Huitzilopochtli. El tributo rendido a la divinidad moderna demandaba mayores sacrificios humanos que los dioses antiguos. No fue fácil aprender a ser moderno ni, mucho menos, resistirse a serlo.

El exótico armamento español, las sangrientas guerras de conquista, la implacable explotación del trabajo en las minas y en los campos, la forja de una naciente esclavitud *de facto* ocasionó que incluso los propios vencidos celebraran el trece de agosto, día en que se consumó la conquista, como una fecha salvífica. En los nuevos templos, los cristos sangrantes recordaban la cruenta pasión de Jesús de Nazaret a la vez que invocaban a los nuevos cristianos a recrear formas de sacrificio para tener el favor de la divinidad triunfante. Nuevamente, las invocaciones del miedo marcaron a la población del territorio autenticado entonces como Nueva España, donde, si bien es cierto el espíritu de rebelión no fue del todo extirpado, la docilidad de sus habitantes ante sus autoridades permitiría un dominio eficaz, que se mantuvo incólume por alrededor de tres siglos. Durante éstos, las teorías democráticas generadas en el siglo XVI por la Escuela de Salamanca (como por Francisco de Vitoria) y enriquecidas por varios de los propios misioneros (como Bartolomé de las Casas)<sup>3</sup> fueron adormeciéndose ante la hegemonía del poder imperial de la Corona, pero, sobre todo, ante los poderes fácticos supervinientes en la propia lógica virreinal, que prohibió y resguardó lo mismo los privilegios de las corporaciones eclesiásticas que de los hacendados y comerciantes que manejaban la estructura de poder. Ese espíritu de sometimiento tuvo una de sus manifestaciones más elocuentes en el famoso decreto de expulsión de los jesuitas, promulgado por el rey Carlos III y ejecutado en la Nueva España por el virrey Carlos Francisco de Croix, quien en su bando sentenciaba en su epílogo: “pues, de una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar, y obedecer, y no para discurrir, ni opinar en los altos asuntos del gobierno” (Soler Frost, 2004: 93). Era

la síntesis del despotismo ilustrado. De la Ilustración del miedo con que el Imperio español buscó reconquistar sus viejas colonias.<sup>4</sup>

## EL TZOMPANTLI DE GRANADITAS

Ante tal situación, sólo cuando uno de los monarcas, Fernando VII, saldría de escena por la invasión francesa de 1808, es que un sector novohispano, encabezado por Francisco Primo de Verdad, se atrevió a buscar la validez de las tesis sobre el origen popular del poder y pretendió enfrentarse a tal orden autoritario proponiendo que ante la ausencia del rey el poder recayera en los miembros de los ayuntamientos.<sup>5</sup> Se despertó entonces el miedo de los miembros de los poderes fácticos (comerciantes, mineros y eclesiásticos). Así, en respuesta, se propusieron demostrar que ellos eran los verdaderos gobernantes e hicieron encarcelar a los líderes de la demanda democrática, mandaron asesinar a Primo de Verdad e impusieron a su propio virrey, un virrey espurio, que vigilaría que sus privilegios permanecieran intactos. Fue justo ante esa situación que se conspira en Querétaro y a la que obedecen los gritos de “¡Muera el mal gobierno!” y “¡Viva Fernando VII!”, proclamados por el cura Hidalgo, quien después afina su idea para buscar la independencia propiamente dicha. Salió entonces el pueblo a tomar las calles; los pobres de los campos y las ciudades, la alteridad oculta de siempre. Y eso reavivó el miedo. El temor a perder algo o todo provocó el apoyo de las clases oligárquicas al ejército realista, que en tan sólo seis meses finiquitó al movimiento insurgente y apresó a sus líderes. Después de juicios severos y tormentosos, de la inevitable pena máxima, las cabezas de Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Ignacio Aldama y Mariano Jiménez fueron colocadas en los cuatro puntos de la Alhóndiga. La calavera, nuevamente, salió al paso para convertirse en el emblema del dominio. Los realistas creaban así el tzompantli de Granaditas, destinado justamente a provocar el miedo de quienes pretendían la Independencia. Tras la posterior derrota de Morelos, el movimiento quedó reducido a algunos puntos

aislados, vislumbrándose inalcanzable la victoria. Pero de nuevo un imponderable externo cambiaría el rumbo de la lógica interior. Durante 1820, en España los liberales hicieron jurar al rey Fernando VII la Constitución de Cádiz, donde se estipulaba la derogación de privilegios eclesiásticos y comerciales. Eso desató otra vez el miedo de las clases oligárquicas, las que, con Agustín de Iturbide a la cabeza, promovieron la independencia de España justamente con el objetivo claro de mantener el viejo orden y mantener así a la vieja Nueva España disfrazada de México.

## **HABLAR Y NO OBEDECER**

Fue así que el nuevo país nació viejo y enfermo. Las corporaciones antiguas impedían la creación de instituciones nuevas.<sup>6</sup> El Estado existía en el papel, pero no en los hechos. Esa vulnerabilidad motivaría agresiones externas de España, Francia y Estados Unidos. La de éste sería sin duda la más dolorosa. Estados Unidos emprendió una guerra de conquista contra México en 1846, encontrando a su paso un ejército desorganizado y un país desunido. Cuando los presidentes, Gómez Farías primero y Santa Anna después, solicitaron a la Iglesia su cooperación para enfrentar a los invasores, armaron una rebelión que fue llamada de los polkos, porque en los hechos apoyaba al presidente Polk, quien sostenía la invasión. Nuevamente los poderes de hecho mostraban que preferían perder el país a perder su poder. Nuevamente su miedo se constituyó en protagonista del sometimiento y en partícipe de la tragedia de aceptar el despojo de la mayor parte del territorio.

Poco después, Benito Juárez encabezó la primera gran victoria sobre los poderes de la Iglesia y, en consecuencia, debe considerársele el auténtico fundador del Estado mexicano. La resistencia a su movimiento significó enfrentar una guerra civil y luego otra contra Francia, de la que surgió la efímera usurpación de Maximiliano. El viejo poder paralelo demostró que realmente era capaz de todo antes que perder



sus canonjías. Pero el gusto duró poco. La estructura oligárquica sobre la que se fundaba la sociedad mexicana provocó que durante el porfiriato se generara, sobre la vieja propiedad eclesiástica, una nueva oligarquía terrateniente nacional apoyada por otra extranjera, las que gestaron nuevamente un poder paralelo, desarrollando entonces un maridaje hasta cierto punto feliz con el régimen dictatorial. Feliz, claro, para ellos. El común de la población se formaba en el miedo a la represión, a los levantamientos aplastados, al destierro forzoso. El México bárbaro edificado bajo el miedo a la muerte.

Hasta que vino la Revolución. Madero, su iniciador, pretendió un levantamiento breve que terminara con la dictadura pero respetara el orden establecido. Villa, Zapata y los suyos, en cambio, pretendían acabar con la estructura de poder económico. Y el miedo se hizo pánico, terror generalizado que, por cotidiano, terminó alimentando el valor de aquellos que decidían levantarse. ¿Quién ganó esa guerra? Ciertamente, no quienes la iniciaron. Al final fue la dirigencia militar la encargada de formar el nuevo Estado, edificado bajo el estigma de los miles de muertos y la sospecha permanente de que sus vidas se habían sacrificado en vano. A los tzompantlis mexicas y los cristos sangrantes novohispanos se sumaron entonces los héroes revolucionarios, santos de nuevo cuño cuyos milagros, casi siempre imaginarios, invocaron sin cesar los gobernantes del régimen posrevolucionario.

El régimen construido por quienes ganaron la Revolución creó un partido tan grande que no cabían los demás. Por lo menos, no para tomar decisiones. ¿Por qué gobernó tantos años el PRI? Sin duda operó en ello la memoria de la terrible guerra precedente. El miedo a que se repitiera. También su capacidad para organizar en su interior a diferentes sectores sociales, obreros, campesinos, trabajadores no asalariados, empresarios e incluso intelectuales a los que, a cambio, les conculcó la iniciativa propia. El autoritarismo se convirtió en la clave para entender al nuevo régimen que, en ese sentido, por cierto, no era nada nuevo. Cuando los trabajadores ferrocarrileros pretendieron en el 58 y 59 organizarse por su cuenta, la respuesta fue la cárcel; cuando los estudiantes quisieron dialogar en el 68, les mandaron el ejército. En



una lógica similar, cuando en el 40, el 52 o el 88 un amplio sector de la población se decidió a votar por un candidato opositor se operó en consecuencia el fraude. Pero fue a partir del mismo 88 que el régimen autoritario pareció herido de muerte y paulatinamente se desarrolló una serie de reformas electorales que al fin, en el 96, quitaron al gobierno la facultad de organizar las elecciones. Eso fue lo que provocó que un año después el PRI perdiera, por primera vez, la mayoría en el Congreso y en el 2000 la presidencia de la República.

### **VUELTA AL TZOMPANTLI**

Comenzó entonces un régimen autodenominado “del cambio”. Pero ¿qué cambió? El carácter hegemónico del partido dominante y el carácter cuasi-monárquico de la voluntad presidencial ciertamente han desaparecido o disminuido claramente. No obstante, la estructura económica neoliberal, desarrollada a partir de 1982, ha permanecido no sólo intacta, sino fortalecida. Permanecen igual también los privilegios a los poderes fácticos, la burocracia, ciertos sindicatos, los oligopolios económicos y la Iglesia, que incluso ha sido reforzada. Cuando en 2006 esos poderes y los defensores de la ortodoxia económica sintieron el peligro de que una mayoría libre eligiera un candidato que los cuestionara, se acudió a un reconocido aliado: el miedo. Consuelo de los autoritarios, el miedo se hizo cundir junto con el odio. Ni la máxima autoridad electoral pudo negar lo inicuo de la contienda. Pero le dio miedo sancionar a los culpables.

El gobierno surgido de ese conflicto apeló entonces al recurso favorito para legitimarse: el miedo. Sacar al ejército a las calles para combatir al narcotráfico y declarar una guerra mal planeada; una labor de Sísifo que empieza cada día que atrapan a un traficante con el cual se suponía que todo terminaría. Las cabezas literalmente ruedan de nuevo. El tzompantli del narco marca su territorio y avisa que la confrontación durará años. Los muertos después de cuatro años acumulan ya al menos cinco decenas de miles. Pero eso no importa. La guerra,

perdiéndose, se gana, porque el miedo cunde, y así el consenso de los que buscan atacar el miedo con el miedo aprende a crecer.

Deconstruida la idea de la unidad nacional no quedan las verdades de sus mitos, no quedan las maravillas de la cultura milenaria, del mestizaje portentoso, sino el miedo. La identidad monolítica que niega identidades hace de la alteridad, del Otro, calavera. El miedo común articulado por una concepción de poder dominante, autoritario, ha cambiado de cara, pero no de signo. Unidos en el miedo, la voluntad del Estado difícilmente puede presumirse la voluntad nacional. El miedo une para disgregar, pues su consecuencia social es preocuparse de lo propio y abstraerse de las necesidades sociales. Así en los gobernantes, así en los gobernados. La voluntad del miedo no puede considerarse voluntad democrática sino siempre la voluntad del autoritarismo. La construcción de una ciudadanía plena pasa por la creación de un tejido fraterno entre los integrantes de una comunidad, que al sentirse corresponsable aprende a mirar más allá de su propio interés. Pero ese sentimiento difícilmente viene desde arriba. La sociedad común está obligada a crearlo. Esa responsabilidad es más difícil, pero más importante que aquella que nos convoca sólo a emitir nuestro voto. Debemos sentirnos obligados a elaborarla.

## Notas

- 1 Tzompantli es una voz náhuatl compuesta de dos palabras: *tzontli*, que significa cabeza o cráneo, y *pantli*, hilera. Bernardino de Sahagún lo refiere en varias ocasiones. Señala, por ejemplo, que en la fiesta del KL Tóxcatl, “la principal de todas las fiestas”, al sacrificado “le cortaban la cabeza y la espetaban en un palmo que se llama tzompantli” (Sahagún, 2000: 145-146). Igualmente, refiere al menos tres edificios del Templo Mayor establecidos como tzompantli (el 18, el 55 y el 56) (Sahagún, 2000: 275-278). La presencia de la muerte simbolizada en la calavera era pues una constante en la cotidianidad mexicana. Era el símbolo del sacrificio que posibilitaba la vida, pero también era más que eso: simbolizaba la victoria y la derrota. En plena guerra con los españoles, cuentan los informantes de Sahagún que cuando los invasores trataban de huir, fueron prendidos y sacrificados 53 de ellos, tras lo cual “ensartaron en picas las cabezas de los españoles; también ensartaron las cabezas de los caballos. Pusieron éstas abajo y sobre ellas las cabezas de los españoles. Las cabezas ensartadas están con la cara al sol” en (León-Portilla, 2004: 113). De esta forma, la publicidad de los sacrificados se exponía, a la vez que el referido símbolo que posibilitaba la vida, como una cruda expresión del poder mortífero del vencedor. Así, el enemigo se amedrentaría a consecuencia de contemplar las cabezas de sus compañeros en el tzompantli. Los propios españoles sin duda debieron padecer ese temor.
- 2 Cuando Motecuhzoma supo de la llegada de los españoles a sus dominios envió adivinos y nigrománticos para tratar de que no se aproximasen. Al fracasar, cuentan los informantes de Sahagún, “concibió que venían grandes males sobre él y sobre su reino, y comenzó a temer grandemente no solamente él, pero todos aquellos que supieron estas nuevas ya dichas. Todos lloraban y se angustiaban [...] Hacían corrillos y hablaban con espanto de las nuevas que habían venido” (Sahagún, 2000: 1117). No obstante, según el *Códice Ramírez*, el consejo de Estado mexicano demandó no permitir la entrada de los españoles, siendo Cuitláhuac, el hermano de Motecuhzoma, el principal abogado de esta causa (cfr. León-Portilla, 2004: 62). Tanto Cuitláhuac como Cuauhtémoc, últimos tlatoanis mexicanos, mantuvieron en pie de guerra a los mexicanos ante los españoles (cfr. León-Portilla, 2004: 87-134).
- 3 Se trata de las *Relecciones*, de Francisco de Vitoria, particularmente de su *Relectio de Potestate civilis* (Vitoria, 1974), y de los *Tratados* de Bartolomé de Las Casas, particularmente el tratado noveno Principia quedam (Las Casas, 1997). Para la comparación entre ambos autores puede consultarse el capítulo 3 de mi texto *Crítica de la Razón Imperial* (México, 2010).
- 4 El siglo XVII significó el debilitamiento de los controles de la metrópoli hacia sus colonias, por lo que buscó revertirse con las reformas de mediados del siglo XVIII. Como lo afirma John Lynch: “El Estado imperial abarcaba el gobierno en la metrópoli y la administración en las colonias, pero hasta 1750 aproximadamente fue un Estado de consenso, no un Estado absolutista” (Lynch, 1999: 298). El objetivo de las reformas borbónicas fue, en consecuencia, retomar el control de las colonias a través de un aparato burocrático que terminara con aquel viejo consenso e impulsara una administración más eficaz para beneficio de la metrópoli. En ese sentido, la expulsión de los jesuitas fue solamente una de las acciones que se establecieron para manifestar esa nueva toma de control.
- 5 Puede consultarse una versión amplia del debate en López Cámara (1988, cap. III).
- 6 Un análisis indispensable sobre las dificultades que representaban las viejas corporaciones para la formación del Estado liberal se encuentra en Charles Hale (1987, cap. 4).

## Referencias

- Hale, C. (1987). *El liberalismo mexicano en la época de Mora*. México: Siglo XXI.
- Las Casas, B. de (1997). *Tratados*. 2 vols. México: FCE.
- León-Portilla, M. (2004). *Visión de los vencidos*. México: UNAM.
- López Cámara, F. (1988). *La génesis de la conciencia liberal en México*. México: UNAM.
- Lynch, J. (1999). *La España del siglo XVIII*. Barcelona: Crítica.
- Ruiz Sotelo, M. (2010). *Crítica de la Razón Imperial*. México: Siglo XXI.
- Sahagún, B. de (2000). *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. 3 vols. México: Conaculta.
- Soler Frost, P. (2004). *1767*. México: Joaquín Mortiz.
- Vitoria, F. de (1974). *Relecciones del estado, de los indios, y del derecho de la guerra*. México: Porrúa.